

La Verduga

Un micro-relato de Sonia Ramos Rossi

Mientras te miro alejarte, disminuyendo en la distancia con cada paso de macho por la acera mojada, me doy cuenta que, como el gato, moriré nueve veces. Por lo menos. Quizás más. Cada pequeña muerte es una afirmación de quién soy. Porque elijo qué parte de mi matar, que parte mantener con vida.

La lluvia fría me cae encima, pelo aplastado a la cabeza, sin paraguas para mantenerme seca. Indefensa ante los elementos soy, cada pequeña muerte me lo recuerda.

Te extirpé con mi bisturí, con la pericia de un cirujano. Palabras afiladas, finamente calculadas para separarte de mí, llenas de intención, y entregadas con precisión. No eras cáncer, pero lo mismo me estabas matando. Infestándome con tu vida.

Así que está muerto. Sabía que sería así. Por lo menos la corte era limpia. Ahora puedo coserme la herida. Como si nunca estuviste. Solo una pequeña cicatriz fina, apenas se notará. Casi cosmética.

Así que muero una pequeña muerte. Es inevitable, y me recuerda mi parte en todo esto. El agua me cae a gotas por el cuello, moja mi blusa de seda, mi elegante traje de negocios, babea entre mis senos como un amante nuevo. Esperaré un poco más aquí, para verte ir. Después de todo, soy yo la que eligió. Estaré mirando hasta la final.

Tu paso confidente se ralentiza ahora, pero no darás la vuelta. Mis palabras con filo de navaja no tenían lengüeta para engancharte. Te he cortado el vínculo. Así que vete.

Nueve vidas, quizás más. Ninguna se pone resistencia al irse, pero cada una duele más en su fallecimiento. Y cada muerte trae un poco más de dolor, para hacer recordar la conciencia.

© Sonia Ramos Rossi 2006